

V. BIBLIOTECA VIQUIANA

ANTONIO BENAVIDES

“Reflexiones sobre las diferentes escuelas históricas,
desde la antigüedad hasta nuestros días”

en

Revista Barcelonesa,
Periódico Propagador
de toda clase de conocimientos útiles.

Barcelona, n. 21, t. I, 20 de diciembre de 1846, pp. 321-326;
n. 22, t. I, 27 de diciembre de 1846, pp. 341-346;
n. 23, t. I, 3 de enero de 1847, pp. 355-359.

Reproducción facsímil.

A cargo de Miguel A. Pastor Pérez y José M. Sevilla

NOTA.- Sobre la recepción de Vico en la *Revista Barcelonesa* (1846-1847) puede verse: J. M. SEVILLA, *El espejo de la época. Capítulos sobre G. Vico en la cultura hispánica (1737-2005)*, La Città del Sole, Nápoles, 2007, especialmente pp. 146-154; y sobre el tratamiento crítico que a Vico otorga Benavides véase: *ibid.*, pp. 152-154.

La *Revista Barcelonesa* fue un semanario dominical dirigido por Antonio de Burgos y editado por el impresor barcelonés Juan Oliveres, publicada desde agosto de 1846 hasta julio de 1847. La colección por entregas se recogió en dos volúmenes.

El artículo de Benavides fue publicado en tres entregas por la *Revista Barcelonesa* bajo el rótulo de “Historia”, copiado “íntegra y textualmente” de la *Revista enciclopédica de la Civilización Europea* (París, 1843, II, pp. 21-54) en consideración a la excelencia del mismo.

Sobre Vico se trata expresamente en las páginas 343-344 (en la presente reproducción, pp. 289-290 de *Cuadernos sobre Vico*)

José M. Sevilla agradece al Prof. Antonio Heredia Soriano el haberle proporcionado en 2003 copia de las páginas de la revista, que aquí se reproducen ahora. Desde 2007 es posible la consulta electrónica de los dos tomos de la *Revista Barcelonesa* digitalizada por Google en books.google.

Núm. 21. Domingo 20 de Diciembre de 1846. Tomo I.

AMENA LITERATURA. **REVISTA** ECONOMIA POLITICA.

BARCELONESA.

AGRICULTURA. **Periódico Propagador** INDUSTRIA.

DE TODA CLASE DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

Este periódico sale todos los domingos. Sus precios son:	Todo suscriptor recibe GRATIS EL IMPORTE DE SU
Por un año. 460 Rs.	SUSCRIPCION en libros que podrá escoger entre los que
Por seis meses. 90 »	forman el fondo del Establecimiento tipográfico de su
Por tres meses. 50 »	Editor, cuyo numeroso Catálogo acompaña los tres pri-
Por un mes. 20 »	meros números.

Se suscribe en Barcelona en la librería de su editor
D. Juan Oliveres, calle de Escudellers, n.º 53, y en los
demás puntos en las casas de sus corresponsales.

Las personas á quienes no conviniere tomar libros,
pagaran por su suscripcion la mitad de los precios mar-
cados.

Núm. 21. Domingo 20 de Diciembre de 1846. Tomo I.

AMENA LITERATURA.

REVISTA

ECONOMIA POLITICA.

BARCELONESA.

AGRICULTURA.

Periódico Propagador

INDUSTRIA.

DE TODA CLASE DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

Este periódico sale todos los domingos. Sus precios son:
Por un año. 160 Rs.
Por seis meses. 90 »
Por tres meses. 50 »
Por un mes. 20 »

Se suscribe en Barcelona en la librería de su editor
D. Juan Oliveres, calle de Escudellers, n.º 53, y en los
demás puntos en las casas de sus corresponsales.

Todo suscriptor recibe GRATIS EL IMPORTE DE SU
SUSCRIPCION en libros que podrá escoger entre los que
forman el fondo del Establecimiento tipográfico de su
Editor, cuyo numeroso Catálogo acompaña los tres pri-
meros números.

Las personas á quienes no conviniere tomar libros,
pagarán por su suscripcion la mitad de los precios mar-
cados.

HISTORIA.

REFLEXIONES SOBRE LAS DIFERENTES ESCUE-
LAS HISTORICAS, DESDE LA ANTIGUEDAD
HASTA NUESTROS DIAS.

POR D. ANTONIO BENAVIDES (1).

El estudio de la historia ha sido siempre uno de aquellos á que han mostrado mas aficion los hombres de todos los siglos, y de todas las naciones. El deseo de saber las cosas pasadas, la curiosidad de averiguar los hechos de los que antes que nosotros tuvieron la dicha ó la desgracia, de venir al mundo, han sido grandes incentivos para la lectura de los libros históricos; y fuerza se-

(1) Este excelente artículo fue expresamente escrito para la Revista enciclopédica, de la cual lo copiamos íntegra y textualmente. (N. de la R).

rá añadir tambien á los curiosos, aquella gran porcion del mundo sabio é inteligente que estudia en la historia las causas ocultas de los sucesos visibles, que el vulgo ignorante aplaude ó vitupera á su placer. Unos leen la historia como la novela, sin curarse mas que del interés dramático que ofrecen los personajes de las varias épocas que comprende, y del desenlace próspero ó adverso de los sucesos: otros, aunque no los mas, estudian en la historia de los hechos pasados la historia de la edad presente; y sacan en muchas ocasiones lecciones saludables, que suelen aplicar con provecho en las diferentes situaciones á que los llevan los lances de la fortuna: pero unos y otros leen la historia; y he aquí confirmada nuestra primera proposicion, de la aficion que los hombres tienen á la lectura, cuando no al estudio, de los libros históricos.

¡Pero cuántas y cuán diversas maneras de escribirla! ¿A cuántos métodos, y á cuántas denominaciones no han dado lugar

las diferentes sectas ó escuelas, hijas del espíritu investigador, y crítico de los tiempos modernos! Esto era mas sencillo, como ciertamente lo eran todas las cosas entre los antiguos; y es bien seguro que un hombre de letras de los tiempos de Augusto ó de Neron, se hubiera reído, y muy mucho, si al decir que iba á referir la historia de la república, ó la de los emperadores, se le hubiese preguntado de que manera iba á escribirla, pues es claro por demás que Sallustio, Tito Livio y Tácito, no comprendieron nunca otro modo de escribir la historia que el de referir los sucesos pasados, variando solamente en el estilo, ó en la severidad ó indulgencia á que los inclinaba su carácter, ó en la mas ó menos perfeccion de cada uno, hija del talento y del estudio, dotes que no á todos es dado poseer en igual grado.

Era desconocida en la literatura antigua la novela; ahora se extiende la dominacion de este ramo de la literatura moderna hasta el campo de la historia. Tenian los hombres de aquel entonces muy presentes la vida, los hábitos, las costumbres de sus antepasados; y hubiera sido ciertamente ridículo que el historiador descendiese á pormenores de todos sabios, y tal vez muchos en uso todavía entre los contemporáneos. De aquí la inutilidad de esa historia enciclopédica del día, que algunos han dado en llamar descriptiva. La literatura no se consideraba como una máquina de guerra contra el gobierno establecido, ni abrigaba tampoco la idea de trastornar la sociedad. Por eso la historia no mostraba empeño en desfigurar los hechos que contaba, aplicándolos á medida de su gusto para probar el triunfo de una idea ó de un principio, con el cual pudiera batir en brecha á los poderes establecidos. No conocian, por consiguiente, lo que despues se ha llamado historia filosó-

fica. El mundo intelectual, y el mundo civilizado era mucho mas reducido que al presente; la humanidad tampoco habia pasado por algunas crisis, como por ejemplo la que atravesó en la edad media: el comercio entre puertos distantes era muy limitado, y de todo punto se ignoraba la existencia de un nuevo mundo: las ciencias eran muy poca cosa, comparadas á los adelantamientos que han hecho en los tiempos modernos. El mundo en los tiempos de los buenos historiadores romanos contaba XVIII siglos menos de vida que ahora, y no tenia casi otra cosa de que hablar que de los Griegos, pues la historia de los grandes pueblos del Oriente, y de las grandes monarquías antiguas estaba envuelta en densas tinieblas que era imposible penetrar. Faltaba, pues, la historia crítica, como la llaman algunos, y que con tanta boga navega en los tiempos que corremos.

La historia de los antiguos era, pues, una sola narracion de los hechos, sin mas comentarios, ni otras autoridades que el solo dicho del autor, que debia ser creído bajo su palabra; pero tanto es á veces el mérito de esta narracion, que muchos modernos la han tomado por modelo, y hoy es el día en que una exacta imitacion de aquellas obras seria un título de gloria que los contemporáneos acordarian de buen grado al que tuviera la dicha de conseguirlo.

No buscaremos la perfeccion de las obras históricas en los tiempos azarosos de la edad media, en los cuales las ciencias rendian homenaje á la guerra, puesto que los letrados necesitaban para vivir el amparo del mas fuerte, y sacrificaban para conseguirlo su independencia y tambien su saber. ¿ Ni qué podia esperarse tampoco de aquella época de revueltas y parcialidades sin cuento, y en la cual nada habia asentado ni sólido, donde ningun derecho era reconocido, y

las nociones de lo justo y de lo injusto, ó eran olvidadas, ó completamente despreciadas? Crónicas y otras compilaciones, monumentos curiosos para escribir la historia, pero nada más; y aun así hay que dar gracias á sus autores que, envueltos en el torbellino de las contiendas civiles, tenían bastante valor para escribir sus obras, sin temor á las venganzas de partido, mucho más terribles cuando partían de la fuerza aconsejada por la ignorancia. Menester es descender á los tiempos modernos para encontrar los tipos de los diferentes modos de escribir la historia que, al mismo tiempo que han enriquecido al mundo literario, lo han dividido en sus opiniones, dando así lugar á nuevas producciones, no ya sobre la historia, sino sobre el modo de escribirla.

Con sumo pesar nos vemos obligados á confesar que, aunque muy amantes de nuestra patria y orgullosos con las glorias que ninguna otra nación puede disputarle, no puede reivindicar para sí la palma de la historia, ni aun títulos tiene siquiera para entrar en el certámen que sobre este punto tan capital de las letras humanas pueden celebrar las demás naciones europeas. Al emitir así francamente nuestra opinión, debemos aclarar un poco más nuestro pensamiento, y decir que hablamos de los tiempos modernos, de la época en que el estudio de la historia ha hecho tan considerables progresos entre los Alemanes, los Ingleses y los Franceses; y en la cual no encontramos una obra tan siquiera que de citar sea, más que la excelente por más de un título del conde de Toreno sobre *el levantamiento, guerra y revolución de España*. Abunda nuestra nación, quizá más que otra alguna, en excelentes crónicas: empezando por la de Isidoro Pacense y concluyendo por la historia general de España del padre Mariana, que no podemos darle otro título que el de cró-

nica, aunque nos encante su estilo, lo bellísimo de su dicción y las galas del bien decir, en donde campean, quizá más que en ninguna otra parte, la lozanía, la sonoridad y el vigor de la lengua castellana. Desde los tiempos de don Juan II de Castilla encontramos á porfía escritores de historia, ó cronistas que han legado á la posteridad ricos tesoros, de los cuales no han sabido aprovecharse sus descendientes, sea descuido, sea indiferencia, sea el atraso consiguiente á la desventura que por tantos años persigue, sin tregua ni descanso, á nuestra patria. Ayala, Castillo, Pulgar, Lebrija, L. Marineo, Salazar de Mendoza, Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales y otros varios, no dejan nada que desear en punto á buenos cronistas; pero nos quejamos de que no son leídos cuando ni impresos están, Bernaldez, Alonso de Palencia, Carbajal, el cura de los Palacios y las Quincuagenas de Oviedo, obra riquísima de pormenores y anécdotas ocurridas en España á fines del siglo XV y principios del XVI. Esto por lo que respecta á Castilla; pues, si echamos una ojeada al reino de Aragón, estamos seguros de encontrar una serie de historiadores tan cabal, que no creemos nos tachen de exagerados, si decimos que ninguna otra nación la posee más completa. Zurita, y sus continuadores Argensola, Zayas, Dormer, Blancas, Panzanos, Urtarroz, Abarca y la Ripa, forman el mejor y más importante cuerpo de historia, digno por cierto de mejor suerte que la que le ha cabido en la desgracia común que ha envuelto á las cosas y á los hombres en España.

Con tales elementos era de esperar que la Musa de la historia, siguiendo la bien comenzada tarea que dejaron, á fines del siglo XVII, los autores que hemos citado en tan buen estado, acabaran la obra en

el siglo XVIII, ayudando con nuevos trabajos á satisfacer el ansia que aquejaba á toda la Europa de ciencia y adelantamiento; y mas que á otra alguna á la nacion francesa, en aquel siglo fecundo, que tan grande influencia ejerció despues en la suerte de la humanidad. Mas la desgracia, que desde entonces no deja de perseguir á la España, acabó con todo de un golpe y para mucho tiempo, y aunque en un corto período de paz y tranquilidad, dieron muestras las ciencias y las artes de salir del letargo en que yacian, ya sea que la época de que hablamos fuese demasiado corta, ya que otras causas mas poderosas lo impidiesen, fue el resultado que tan pronto como se mostró aquel repentino fulgor, desapareció para dar lugar otra vez á la densa niebla que cada día que pasa es mas difícil de disipar.

Perdónesenos esta digresion á los que nos dolemos del estado desgraciado de nuestra patria, puesto que españoles somos y no queremos renunciar á este nombre; y entremos ahora en el vastísimo campo que nos ofrece el cultivo de la historia, del cual han cogido tan colmada cosecha las demás naciones europeas.

Hasta el siglo XVIII en Francia, la historia era una narracion mas ó menos exacta, mas ó menos verídica, de los hechos acaecidos en las épocas anteriores, cuando de repente un escritor, poco conocido hoy, y aun oscurecido en su tiempo entre la multitud que rodeaba el trono, y era el mas bello ornamento del siglo de Luis XIV, introdujo la novedad en la historia general, de pintar los usos y costumbres de las diferentes épocas de que la narracion se ocupaba. Fue el novador el Abate *Le Gendre*, pero el poco crédito del autor, conocido solo por las continuas adulaciones que dispensaba al monarca, hizo que este ensayo

no tuviera grandes resultados por entonces. *Duclos* escribió una historia de Luis XIV muy celebrada por Voltaire: laconico é im- pasible como Suetonio, su laconismo degenera en indiferencia y parcialidad, y al emitir los curiosos pormenores, y aun las palabras del Rey, desprecia las propias y acomodadas tintas con que hubiera podido de una pincelada pintar el carácter de aquel monarca: lo contrario hubiera hecho Tácito; pero no era lícito en aquel tiempo á los historiadores decir la verdad, tal como ellos la comprendian: costábanles muy caro á los mas animosos los alardes de independencia que de vez en cuando se atrevian á ostentar. *Trevet*, en una memoria que escribió muy á los principios del siglo XVIII, sobre el origen de los franceses, se atrevió á decir que los *Franco*s no habian formado una nacion independiente, y que sus primeros caudillos habian recibido de los emperadores romanos el dictado de *patricios*. Esto solo le valió la persecucion y el encierro en la Bastilla; y calcúlese por este rasgo, si los que no sufrían una ligera broma acerca de la legitimidad originaria de la nacion, oirian con calma las vivas discusiones sobre recientes sucesos, y las cuestiones á que podian dar lugar una desacertada administracion, y las mas gravosas contribuciones. La Historia de Carlos XII, escrita por Voltaire, modelo de historias bajo el aspecto de la narracion; y muy distante de todo lo que pudiera herir al gobierno en aquella época, no pudo imprimirse sino á hurtadillas en Lyon y en Rouen, y gracias á las estratagemas é inmensos recursos con que el autor contaba.

Pero á medida que entraba el siglo, la actividad del pensamiento crecia, y con ella desaparecian tambien las ligaduras con que hasta entonces se habia procurado encadenarlo; talentos eminentes se presentaron

en la arena literaria, y no hubo asunto, por arduo y grave que fuera, ó por pequeño y hasta entonces desapercibido, que no se trajera á discusion sujetándolo al exámen de una apasionada y parcial crítica; y decimos esto, por que la literatura del siglo XVIII fue reaccionaria, y una máquina de guerra dispuesta á destruir el gobierno, y cambiar la faz de la sociedad. La escuela filosófica condujo al escepticismo al entendimiento, y la historia debía por necesidad participar del aire que á la sazón corria: en vano, para atajar el mal que se difundía por todas partes, algunos celosos defensores de las ideas rancias, y de la venerable antigüedad quisieron oponer un dique al torrente destructor con que amenazaban los novadores: en vano hombres muy sabios, atrincherados tras una inmensa erudicion, oponian á la nueva escuela el estudio de los monumentos históricos, y curiosísimas y laboriosas investigaciones sobre los tiempos antiguos; las nuevas doctrinas hicieron prosélitos, se extendieron como por encanto por toda la Francia; y á pesar de d'Aguesseau y de Trevet, la escuela filosófica dominó todos los entendimientos, avasalló todas las voluntades; y Bayle y Voltaire, el uno con sus dudas y anécdotas, la mayor parte falsas, y el otro con sus burlas y sus chanzas, vencieron á los eruditos, é impusieron al mundo un yugo mas duro, mas terrible, y sobre todo mas peligroso, que el que habia sufrido en los siglos medios cuando la ciencia estaba en manos de unas cuantas docenas de laboriosos monjes.

Escribió Voltaire entre sus muchas obras históricas, una que revela, mas que ninguna otra, las tendencias de la literatura en aquella época y que da principio á la escuela escéptica, que despues han seguido otros escritores modernos. Esta obra fue el *Ensayo de las costumbres*; escrita con mucho

talento, con admirable facilidad, y hasta con donaire y gracia, tuvo en aquellos tiempos, y casi hasta nuestros dias ha tenido un inmenso suceso: hija de la escuela filosófica de aquel siglo, no hallamos epíteto que peor le cuadre; pues si la filosofia es la razon, la verdad y la justicia, nada se aparta tanto de la filosofia como un libro, en el cual todos los sucesos están mirados por un prisma apasionado; que tiene embargada al escritor la razon, y sus ojos cerrados á la verdad y á la justicia. Los tiempos antiguos no son en su concepto mas que una serie prolongada de crímenes á cual mas feo y mas vergonzoso; los hombres de esa época son tiranos, crueles y asesinos de la humanidad; y la grande y saludable institucion del Cristianismo, con sus naturales y legítimas consecuencias, pasa desapercibida cuando no envuelta tambien en el cruel anatema. Voltaire no escribió la historia; pintó, sí, una caricatura histórica.

No era mas feliz tampoco en sus producciones la escuela antigua; á porfia una y otra andaban para desviar de la verdadera senda al entendimiento humano; esto acontece en el campo de la literatura, lo mismo que en el de la política, en los tiempos de acaloradas contiendas, en los cuales puede decirse, sin peligro de errar, que ninguno de los partidos que pelean tiene razon. El presidente Henault, en su compendio de la historia de Francia y en sus obras dramáticas, se propuso defender todavía los usos y maneras de la aristocracia y de la monarquía, y á pesar de su carácter de magistrado, se advierte en todas sus respiraciones, una decidida afición á el poder absoluto de los reyes, calificando de derechos inalienables é imprescriptibles las visibles usurpaciones de los reyes de la tercera raza, sobre las franquicias y libertades de que algun dia estuvieron en posesion las muni-

cipalidades y los estados generales. Para el autor, la nación está como debe estar; nada de reformas, nada de mudanzas: no era extraño este su modo de pensar: presidente, y además superintendente de la casa de la reina, no era regular que fuese apóstol de nuevas doctrinas el que tanto interés tenía en conservar las antiguas.

Mably, educado por los jesuitas, y con favor, con el cardenal de Tencin, de quien era algo pariente, escribió primero á favor de las ideas antiguas en su obra de *Paralelo entre Franceses y Romanos*; pero, independiente y altivo á la vez, no pudo avenirse ni con la corte, ni con los filósofos, ni con el cardenal, ni consigo mismo; renegó de sus primeros escritos y se hizo el campeón de las ideas de libertad y de independencia; y no hallando modelos que imitar ni que seguir en la historia moderna, eligió á los hombres de las antiguas repúblicas de Grecia, y entre ellas á Esparta. No estaba mal buscar en lejanas tierras su ejemplo, el que ni podía sufrir el yugo de un gobierno, ni la autoridad y peso de una opinión. Avínole pronto lo que acontece á todo aquel que se separa del poder, y no milita tampoco bajo las banderas de la oposicion; perder toda influencia: en efecto, muy poca fue la que ejerció en su época. Su obra histórica, *Observaciones sobre la Francia*, tiene bastante mérito, y de mas elogios sería digna, si no incurriese tan á menudo en la falta que achaca á los que le precedieron, cuales, la de pintar los siglos antiguos, y narrar los sucesos de épocas pasadas, bajo el punto de vista de los tiempos modernos; y el que esto decia, se esfuerza en probar que Carlomagno tenia en mucho los derechos imprescriptibles del pueblo, y la soberanía que á este pueblo le pertenecía de razon y de justicia.

(Se continuará.)

BIOGRAFÍA.

EL DOCTOR FRANCIA.

DICTADOR DEL PARAGUAY.

(Continuacion.)

Algun tiempo despues de aquel chasco, fuecuando nuestros dos viajeros visitaron la Asuncion. La entrevista de estos con el dictador es de mucho interés. Escuchemos la relacion que hace uno de ellos.

El doctor Francia, dice Reuggs, es notable por la regularidad de sus facciones y la expresion de su fisonomía, que animan sus grandes ojos negros, señal característica de los criollos de la América del Sur. Su porte anunciaba una mezcla de astucia y desconfianza. Iba vestido de general á la antigua española. Aunque contaba ya sesenta y dos años, parecia apenas de edad de cincuenta. Me dirigió la palabra con una altanería estudiada; pero cambió de tono advirtiéndome que su lenguaje no me habia intimidado. Tenia yo que entregarle algunos papeles, y abriendo mi cartera puse de intento en evidencia un retrato de Bonaparte. Sabia yo la admiración que le inspiraba el original, y así es que tomó la copia con una avidez inexplicable, hablando largo rato con elogios del héroe francés, cuya imagen contemplaba la miseria del país y desde entonces se contentó siempre con aquella modesta pension. Esto era á lo menos un despotismo barato, pues el sueldo de que disfrutaba el doctor Francia, era con corta diferencia la novena parte del que percibe el presidente de los Estados-Unidos.

El advenimiento del doctor Francia al

[Continuación] *Revista Barcelonesa*, n. 22, t. I, 27 de diciembre de 1846, pp. 341-346

341

rarán la aquiescencia de la muchedumbre á las prescripciones del poder, y permitirán asentar, sobre la saludable disciplina de las masas populares, el orden y la prosperidad comun.

Bien que la gloria de la organizacion administrativa de que han de resultar estos beneficios, parezca reservada á la generacion nueva, aleccionada en la escuela de nuestros infortunios, todavia á un hombre de la generacion que se extingue puede caberle el honor de plantar el amortiguado fanal de su vieja experiencia, sobre el borde del camino que deben recorrer los que ahora ó despues sean llamados á derramar en nuestro suelo los bienes permanentes del orden y la paz. Alejado yo por hábitos, dolencias y desengaños, del centro de donde debe partir la iniciativa de las mejoras reclamadas por las necesidades públicas, me limitaré pues á hacer oír mi débil voz en este recinto, donde jamás por fortuna resonaron alaridos de discordia, y donde es permitido abandonarse á generosas inspiraciones. De mí, á quien los achaques hacen pesada la carga de los años, no se espere sin embargo un curso seguido y metódico de administracion. Ceñiréme solo al exámen y la discusion de algunas de las cuestiones administrativas, sobre las cuales ó no estan fijadas las ideas, ó se han difundido y generalizado errores, que, fiel á la divisa de mi vida entera, quiero y debo combatir hasta mi última hora. En la ejecucion de este propósito me abstendré siempre de hipótesis; porque la hipótesi supone duda, la duda arguye ignorancia, y la ignorancia conduce casi siempre al error. Así, ni un solo principio estableceré que no tenga á su favor, además del apoyo del raciocinio, el de las tradiciones sanas, y en cuanto sea posible, la sancion de la experiencia. Cuando no pueda la regla descansar sobre estas

bases, procuraré fundarla en irrecusables analogías.

Javier de Burgos.

HISTORIA.

REFLEXIONES SOBRE LAS DIFERENTES ESCUELAS HISTÓRICAS, DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DIAS.

POR D. ANTONIO BENAVIDES.

(Continuacion.)

Seguian las dos escuelas históricas su carrera en el siglo XVIII: la una, la que sostenia á duras penas un gobierno que se desmoronaba por instantes, lánguida y desfallecida, tocaba ya su término; la otra, poderosa con el amparo de la opinion pública, que la protegía con denuedo, se ostentaba orgullosa y desvanecida, y cada dia hacia nuevos prosélitos; pero ambas muy distantes del recto camino que conduce á los hombres por medio de sabias é imparciales investigaciones al descubrimiento de la verdad.

Al empezar á hablar de las escuelas modernas históricas, nos parece justo hablar primero de los Alemanes, que seguian muy de cerca las huellas de los Franceses, y que adelantaban mas que estos en las altas regiones de la inteligencia. A decir verdad, á la Alemania se debe el origen de la secta filosófica; no de aquella falsa filosofia del siglo XVIII, que consistía en hablar mal de Dios y del gobierno; sino de aquella filosofia que investiga la esencia de los seres, y que penetra mas allá de los sucesos visibles, buscando en sus causas las causas de los fenómenos sociales. Estos trabajos filosóficos,

si bien en sus principios se han separado de la verdadera senda, han contribuido mucho á descubrir las leyes que gobiernan la especie humana, adoptando por base las tres ó cuatro grandes tradiciones, que esparcidas sobre la tierra, son como las señales que indican al viajero el camino que debe seguir para llegar al punto que se propone. A favor de estas grandes lumbreras, el filósofo ha podido penetrar en las densas oscuridades que ofrece la noche de los siglos, y pedir cuenta al hombre y á la especie de su misión sobre la tierra. Ha podido seguir la huella de las grandes instituciones de los pueblos, y predecir sus mudanzas y sus catástrofes. Ha podido ver en una palabra, su cantor y su profeta. Homero que refiere la historia de los Griegos, é Isaías, que predice el fin y destrucción de la desgraciada Sion. Pero esta nueva escuela filosófica ha dado lugar á nuevas cuestiones, y mas empeñadas contiendas, y la Alemania se ha dividido en dos sectas, que con afán y empeño siguen sus trabajos á investigaciones históricas; la una es la escuela filosófico-histórica; y la otra la histórica simplemente. La primera tiene á su cabeza á Mr. Hegel, el cual establece cuatro fórmulas ó principios históricos de la sociedad, y estos cuatro principios existen, ó los hace existir el autor, en el Oriente, la Grecia, Roma, y en los pueblos de origen germánico. Cada uno de estos pueblos obra de distinta manera; pero con sujeción al principio que en él domina, y de aquí su índole distinta, su religión, sus leyes, sus costumbres, etc. Según Mr. Hegel, hay una cosa que se llama alma universal, y esta se transforma de cuatro maneras cuando se manifiesta en la especie humana; y de aquí los cuatro principios y los cuatro pueblos. La inmovilidad caracteriza el Oriente, la actividad á la Grecia, la lucha entre ambos principios á Roma, el resultado de la lucha á los pue-

blos de origen germánico. Este sistema, sobre ser casi ininteligible, ofrece además el inconveniente de prestarse maravillosamente al gusto y capricho del historiador, que puede hacer servir la historia á su deseo y fantasía, empleando los principios y las grandes fórmulas, como empleaba Procusto su lecho, que á los grandes y á los chicos les convenia igualmente.

La escuela histórica se atiene á los hechos y nada mas; y creemos esto mas prudente. A su cabeza estuvo Niebuhr, y despues Mr. Savigny, autor de la historia del derecho romano. La escuela filosófica intenta probar que los hechos son naturales consecuencias de esas fórmulas ó principios que asienta como base de su sistema. La escuela histórica pretende que los hechos agitando los hombres, y poniendo en acción su entendimiento, son antecedentes precisos de sus principios; la primera además reconoce una ley providencial en todos los sucesos históricos y un encadenamiento estrecho y sucesivo; y proclama como la primera ley del género humano la ley de la expiación.

Llamados ahora á dar nuestra opinión sobre estas dos escuelas diversas, dirémos, en dos palabras, que ambos sistemas exagerados y llevados al extremo, nos parecen igualmente falsos. Hay tal relación entre los hechos y los hombres que los ejecutan, que á veces es imposible considerarlos de todo punto separados: la acción y reacción continuas que los hombres ejercen unos sobre otros, hace que á veces el individuo piense ó ejecute alguna cosa en virtud de un hecho anterior; y que otras veces el entendimiento, ayudado por investigaciones laboriosas, y con toda la energía de que es capaz cuando está dotado de grandes cualidades, presienta los hechos, los invente, los cree el mismo; pero, ¿quién es el hombre, el historiador, que puede decir: He aquí la re-

gla el compás para graduar de una vez y para siempre estas tan diferentes situaciones de la vida? ¿Quién puede con verdad y sin riesgo de equivocarse á los demás, ajustar los sucesos todos de una época dada á un principio de antemano formulado, y mas al hablar de países remotos á los cuales se conoce imperfectamente, de épocas pasadas, de naciones y pueblos que ni vestigios han dejado? ¿Quién, al hacer el oficio de creador de un mundo moral, dejará á parte sus pasiones, su manera de ver las cosas, las condiciones de su existencia, la situación del día y de la hora en que escribe? Las ilusiones y los sueños, el delirio y la mentira; he aquí lo que el historiador legará á la posteridad en lugar de los hechos acaecidos, y que únicamente son el patrimonio de la historia.

Despojadas del exclusivismo que las caracteriza, han aparecido despues estas dos escuelas alemanas en Francia; y ya sea que á nuestro limitado entendimiento no se le alcance el gran mérito de las obras de los Alemanes, cuya profundidad es tal, que á veces no las entendemos, ó ya sea que en literatura, así como en política, no nos gustan los sistemas exclusivos y extremos, preferimos á la Alemana, en cuanto á nosotros nos es dado juzgar, esta parte de la literatura francesa. Decimos mas, y es que esta escuela exagerada de los Alemanes puede considerarse como una escuela reaccionaria, aunque de buena índole, como opuesta á las doctrinas impías y destructoras del errado filosofismo del siglo XVIII; mas como el carácter de esta época de las letras está ya juzgado imparcialmente en la Europa, y nadie cree en los dogmas de Rousseau, ni á nadie convencen las bufonadas de Voltaire, nos parece de todo punto inútil, y antes sí muy perjudicial, extraviar el entendimiento separándolo de las trilladas sendas del sa-

ber, para conducirlo á unos laberintos intrincados de donde no le sea dable salir ni con el auxilio de la lógica, ni de los buenos estudios. Filosófica se llama esta escuela; teológica la llamaríamos nosotros, y á nuestro entender con razon. No es de hoy este modo de escribir la historia: cerca de doscientos años hace se presentó en el mundo literario un hombre, que echó los primeros cimientos de este edificio, y que á su decir, substituyó la historia de la humanidad á la historia del hombre: este hombre fue Vico. En la *Nueva ciencia*, obra que escribió, dice que se propone « tratar la historia eterna universal que en todas épocas se reproduce bajo las formas de las historias particulares, y describir el círculo ideal dentro del cual da vueltas el mundo real. » A esto llama el autor « la filosofía y la historia de la humanidad. »

Empieza Vico su historia diciendo que los fundadores de la sociedad fueron los Cíclopes, ó los Gigantes, proposicion algo aventurada y difícil de probar; pero por eso mismo no la prueba: los gigantes eran algun tanto aficionados á revoluciones, y á vivir sin Dios y sin ley; se oyó de repente un trueno, y se asustaron, y entonces cayeron en la cuenta de que habia en alguna parte algun otro que pudiera mas que ellos: este fue el principio de la idolatría, necesaria y útil al mundo, porque domó la fuerza, y porque la religion de los sentidos preparó la religion de la razon, y esta la de la fe. Empieza la sociedad; empieza la familia: los primeros padres de familia, son los primeros sacerdotes; son los primeros reyes; son los patriarcas: primera edad, edad de oro; pero, ¡oh dolor! vienen unos salvajes y luchan con estos patriarcas; pero son vencidos los salvajes, y obedecen á ciertas condiciones: empieza la ciudad. Los padres de familia son los nobles, los salvajes, que los

coloca el autor en la clase de unos refugiados ó emigrados, componen el pueblo, la plebe; pero esta gente descontenta, aprovecha una ocasion y sorprende á sus amos; y he aquí el origen de las repúblicas. Los estados populares se corrompen; la anarquía ejerce su ominoso imperio por todas partes, y el pueblo mismo proclama la monarquía sujetándose á uno solo, el mas fuerte. Con este motivo sienta Vico algunas máximas, que serán conocidas de todos nuestros lectores por el mucho uso que los escritores políticos de nuestros días han hecho de ellas. « La necesidad de orden fundó la monarquía, como la necesidad de libertad habia adoptado la aristocracia, como la necesidad de la igualdad la democracia. » Pero, dice Vico, si la monarquía no consigue mejorar las costumbres del pueblo, y la corrupcion no se detiene, entonces no hay otro remedio mas que el de la guerra: una nacion de mas virtudes se encarga de castigar á la mala, y la salva de su perdicion haciéndola su esclava; porque escrito está: *El que no sabe gobernar, obedecerá: el imperio del mundo le toca de derecho al mas recto.* He aquí una ligera muestra de la *Nueva ciencia* de Vico: omitimos hacer ningun comentario; pero el mas apasionado á sus doctrinas convendrá con nosotros que no es la manera que emplea, la mas conveniente para escribir la historia.

Antes de hablar de las modernas escuelas francesas, justo será echar una rápida ojeada sobre la Gran Bretaña, que por tanto entra hoy en la civilizacion europea. Antes del siglo XVIII, no hay que buscar en la Inglaterra, ningun monumento histórico que merezca la pena de ser leído. Fue preciso que los escritores del siglo XVIII pusieran en movimiento con sus innumerables obras la Europa, para que en un rincon de la Escocia se dedicasen á la historia algunos jóvenes, que recibían en Edimburgo una edu-

cacion esmerada, á la manera inglesa, que debiera algun día hacerlos brillar en el parlamento y en el foro. Hume fue el primero que, dejando á un lado el *Vinio*, y otros autores romanos, con los cuales pudiera algun día ser un mediano abogado, abrazó con entusiasmo la causa de los escritores franceses, leyendo con ansia las obras de Montesquieu y de Voltaire. Ocurrían entonces en la Inglaterra aquellas grandes cuestiones políticas, que hicieron caer del gobierno al lord Chatam, pero que lo dejaron en disposicion de poder volver á ocupar la silla del poder: pues bien, todo esto era de poca monta á los ojos de Hume, que no veía mas que la filosofía francesa, emancipando á la humanidad y al pensamiento de las trabas con que hasta entonces habian estado oprimidos, en vez que las discusiones del parlamento eran estériles querellas de partido: adoptó ciegamente la enseña de la nueva secta filosófica, y como discípulo que se daba los aires de maestro, exageró las doctrinas de estos hasta el punto de ser mas incrédulo y escéptico que ellos. En un tratado que escribió *De la naturaleza humana*, niega los efectos, niega las causas, y lanzado en el mas ilimitado idealismo, escandalizó toda la Inglaterra. Dotado de fecunda imaginacion, y con disposiciones admirables para escribir la historia, ayudadas con la inmensa erudicion que adquirió en el desempeño de la modesta plaza de conserje de la Biblioteca de Edimburgo, emprende la grande obra de la historia de Inglaterra; pero su esperanza que era la de llegar á tener un día una gran gloria literaria, única cosa á que aspiraba, quedó por esta vez frustrada; porque á una voz todos los partidos se levantaron para anatematizar su obra: él mismo lo dice: « Whigs, torys, anglicanos, no conformistas, cortesanos, patriotas, todo el mundo levantó un grito de indignacion contra mi

obra. No me perdonaban las lágrimas que consagré á la memoria de Strafford, y el haber compadecido la triste suerte de Carlos I. » Cosa singular, y el doctor Lingard, ministro católico, en la historia de Inglaterra que en estos últimos tiempos ha escrito, dice que Carlos I fue culpado, y no lleva á mal sino la ilegalidad en los procedimientos. Pero Hume, en los volúmenes sucesivos logró vencer la indiferencia del público; su historia al fin tuvo un gran suceso en Inglaterra, y mucho mas en Francia, donde el autor vivió algunos años, viéndose obsequiado y complacido no solo por los filósofos, lo cual era muy natural, sino hasta por príncipes y otros individuos de la familia Real.

¿Pero su historia de Inglaterra, es digna hoy de la admiracion que causó á las gentes del siglo XVIII, que, extasiadas, daban á Hume el primer lugar entre los historiadores? De ninguna manera. A parte el estilo, el método, orden y claridad que en ella reinan, la obra de Hume es una continuacion de la obra de Voltaire, sobre la cual hemos ya dado nuestra opinion. Hume por sus opiniones escépticas, no era el mas á propósito para escribir la historia: no creia en nada, ni en la religion, ni en la libertad, ni en la patria, ni en sí mismo. Frecuentemente, al estilo de Voltaire, de las cosas mas pequeñas, deduce inmensos resultados, grandes catástrofes; cuando, si hubiera pensado con alguna mas seriedad, hubiera hallado la verdadera causa, que era de tanta magnitud al menos, como las consecuencias que producía. Echábanle los wihgs en cara que se doliera de la muerte de Strafford, y casi sin motivos era este dolor; porque no pinta al ministro de Carlos I, como una víctima impiamente sacrificada por la revolucion y abandonada por su Rey, haciendo honor á los sentimientos magnánimos y á la gene-

rosa resignacion de aquel desventurado personaje, sino que, antes por el contrario, su acto de abnegacion es un negocio de cálculo: en concepto del historiador, Strafford ofrece su vida al Rey, ó ya porque sin remedio la veia perdida, ó ya para ablandar sus entrañas con aquel acto de inimitada generosidad. Hace algunas pausas de cuando en cuando el autor, para contar en ellas los adelantos de las ciencias y artes, y explicarlos usos y las costumbres de las épocas que ha narrado; grande falta en quien pretende ser buen historiador, porque estas esenciales tintas son propias del cuadro ya trazado, que deben apercibirse en su conjunto y estar en union para que produzcan el efecto que es de desear. Por ultimo, Hume es descuidado en punto á los hechos, y comete errores de consideracion por no haber trabajado con esmero algunos pasajes, y tomándose la molestia de leer algunos manuscritos y obras antiguas que tuvo á su disposicion.

¿Qué dirémos de Robertson, inferior, en nuestro concepto, á Hume, tambien de la misma escuela de Edimburgo, de esa bella colonia de sabios que de repente aparece en el norte de Europa? Que es un discípulo de Voltaire y escéptico como Hume: en alguna cosa difiere del primero. Robertson no habla de los tiempos pasados para burlarse de ellos y tratarlos con desprecio y risa; todo lo contrario, es de los primeros historiadores que perciben en la edad media algo de bueno y de provechoso para la humanidad; pero las ideas modernas, y los pensamientos del dia entran por mucho en el juicio que forma de los tiempos antiguos; de suerte, que la introduccion que precede á la historia de Carlos V, es una novela mas bien que un trozo histórico: el grande acontecimiento de las cruzadas está casi copiado de Voltaire: ni sus causas ni sus efectos estan expresados, ni concebidos con aque-

lla razon y aquella claridad con que escritores mas modernos, han sabido presentarlos á la consideracion pública en nuestros dias: la preocupacion deja siempre hondas huellas, y tan fatal es para el triunfo de la verdad la preocupacion en materias religiosas, como la opuesta que tanto alarde hace de la impiedad.

(Se concluirá.)

BIOGRAFÍA.

EL DOCTOR FRANCIA.

DICTADOR DEL PARAGUAY.

(Conclusion.)

« Vamos ahora á penetrar en el interior de aquel hombre lleno de vigor y originalidad, cuya reputacion vacila uno en atacar; pues solo en medio de los sacudimientos que conmueven cada dia el suelo de la América del Sur, ha hallado el secreto de sentar su autoridad y de librar á su país de las convulsiones que agitan todos los estados vecinos.

« En un edificio construido por los Jesuitas, poco tiempo antes de su expulsion, y retocado y aislado por orden suya de las casas que lo circuián, vive Francia en la mas completa soledad, sin mas compañía que la de cuatro esclavos, un negro, un mulato y dos mulatas á quienes trata con mucha dulzura. Rara vez se halla en la cama al salir el sol, y al levantarse, le trae su negro un brasero, en el cual hace calentar, en su presencia, y dentro de una olla de tierra, el agua con la cual prepara el mismo su *matté*, detrás del cual fuma un cigarrillo, que tiene cuidado de

desdoblar, para asegurarse de que no contiene sustancia alguna mortal, bien que en la confeccion de esos cigarrillos no interviene nadie mas que su hermana.

« A las seis de la mañana llega el barbero; que es un mulato, sucio, desharrapado, borracho de profesion, con quien se chancea el dictador, cuando está de humor para ello, como lo hacia en otro tiempo Luis XI con Olivier-le-Daim. Cuando está afeitado, le ponen la bata, y en ese traje da audiencia á los diferentes funcionarios públicos en la galería exterior que reina al rededor del edificio. A las siete se retira á su gabinete hasta á las nueve. De once á doce dicta sus órdenes á su secretario, y en seguida despide á todas sus gentes para tomar una comida frugal, que él mismo manda hacer; pues, al volver del mercado, deposita la cocinera los víveres á la puerta de la estancia de su amo, el cual pone por separado lo que le conviene. Despues de comer, duerme la siesta, bebe el *matté* y fuma, y en esas diversas operaciones pasa hasta la hora de salir á paseo. A las cuatro de la tarde llega su escolta, y mientras le ensillan el caballo, le arregla un barbero el pelo. Sus excursiones suelen tener por objeto visitar las obras públicas, ó bien dar un paseo; pero jamás sale sin una numerosa escolta, y sin ir además armado de su sable y de un par de pistolas. Al anochecer vuelve á su casa, y se encierra para entregarse al estudio hasta las nueve de la noche, hora de tomar una ligera colacion. Si el tiempo es bueno, suele dar un paseo por la galería hasta las diez, en que da el santo y seña para la noche y se retira, despues de cerrar él mismo todas las puertas. Durante algunos meses del año vive en el cuartel de caballería, y se entrega al ejercicio de la caza para variar un poco la monotonía de su existencia. A la cabecera de su cama tiene siempre dos pistolas cargadas,

[Conclusión] *Revista Barcelonesa*, n. 23, t. I, 3 de enero de 1847, pp. 355-359

355

fectamente trazado, fácilmente realizable y eminentemente lucrativo.

HISTORIA.

REFLEXIONES SOBRE LAS DIFERENTES ESCUELAS HISTÓRICAS, DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DÍAS.

POR D. ANTONIO BENAVIDES.

(Conclusion.)

Nos falta otro discípulo inglés de la escuela francesa, y es bien seguro que no hay ninguno que más revele su origen que Gibbon, que es el discípulo de que hablamos; pero al mismo tiempo, no podemos menos de pronunciar su nombre con veneración, al acordarnos del monumento que su inmenso saber ha levantado, y que durará mientras exista en los hombres el gusto por las letras y la afición á la lectura: hablamos de la *Decadencia y Caída del imperio Romano*. Faltábale á la Inglaterra una obra histórica de esta importancia; es decir, no había ninguno de sus hijos ensayado aun el género crítico y erudito, el que cobra su fuerza con los trabajos de la antigüedad, y á Gibbon cúpole la suerte de ensayarlo y de desempeñarlo con felicísimo éxito. Este autor exagera los vicios en que incurrieron sus paisanos; es escéptico en todo, independiente y osado, en los pensamientos y en el estilo. Protestante, católico y otra vez protestante, habla de los asuntos religiosos como Voltaire: así, la grande y saludable institución del Cristianismo, pasa casi desapercibida en su obra, sin dignarse más que echar una ojeada sobre ella, y tratarla como de paso, dando lugar preferente á otras instituciones perecederas, que no tenían, como la primera, la misión de regenerar el mun-

do. Su vista alcanza tan poco, que no le permitió ver en el Cristianismo, en aquel ligero soplo que empezaba en los tiempos de Augusto, la formidable institución que iba á salvar al mundo de la inminente ruina que le amenazaba; que iba á vengar á la humanidad de tantos ultrajes como había sufrido y sufría bajo el imperio de un Nerón y de un Calígula; que iba, en una palabra á volver por la dignidad del hombre abatida y humillada por la esclavitud en que yacía, y por la tiranía que con él ejercían los que se llamaban sus amos. A los ojos de Gibbon, los cristianos son unos revoltosos, á los cuales hacían bien en castigar, y bajo este concepto celebra las sangrientas ejecuciones de los procónsules, y la aprobación que á ellas daban los emperadores. Su inmensa erudición no le sirve en ciertos pasajes más que para argüir falsamente sobre muchos puntos históricos; y la ironía y el amargo sarcasmo con que se burla de aquellos que sabían morir por sus creencias y por su fé, indisponen contra él al hombre que estima en algo la grandeza y libertad del pensamiento, y la verdadera dignidad de la especie humana. Los demás defectos que encontramos en Gibbon, son pequeños al lado de los que acabamos de referir, y solo nos contentaremos con decir que todo cuanto hace relación á su inmenso saber, á la sobra de erudición que poseía, á los grandes trabajos que emprendió, está desempeñado con una maestría propia tan solo del que tuvo toda su vida una sola pasión, la del estudio y afición á las letras, que no abandonó ni aun en sus últimos años, ni aun con las tareas del parlamento, á las que miró siempre con una casi total indiferencia.

Tiempo es ya de ocuparnos, aunque con la brevedad que exige un artículo de revista, de los modernos escritores franceses que á nuestro entender han llevado la historia á

un alto grado de perfeccion, aunque no dudamos que sea susceptible de mas adelantamiento; y esto lo decimos aun confesándonos ciegos admiradores de alguno de ellos.

Pasada la revolucion, la Francia empezó á coger el fruto de los grandes trabajos literarios emprendidos y llevados á término en el siglo XVIII. Pero al tomar en cuenta los hijos, las obras de sus padres, separaron la verdad de la mentira, la razon de la pasion; y aunque abrazaron la libertad, no ultrajaron la Religion, por que estas dos palabras, en vez de excluirse, son inseparables compañeras. Los historiadores siguieron la pauta trazada hasta entonces por los que les habian precedido en la carrera, adoptando unos los principios de la escuela antigua histórica, emprendiendo otros obras históricas filosóficas, y modificando algunos y amalgamando estos sistemas con los nuevos progresos que la ciencia habia hecho, y la costosa experiencia que la humanidad habia adquirido en las recientes revueltas. Daunou, Lacretelle, Montlosier, Malte-Brun, Lemontey, Mazure, todos escritores de alguna nombradía, han adoptado cada uno el método que mas conviniera á sus opiniones y creencias: todos ellos, conformándose con el espíritu de su siglo y conociendo las necesidades de la nueva época, han estudiado con mas conciencia que los escritores del siglo XVIII, aunque sin perder de vista la libre facultad de pensar, que ya no ha tenido trabas á favor de la libertad política conquistada. Pero de vez en cuando, algunos hombres de talentos distinguidos, exasperados á la vista de los padecimientos de la humanidad, invocan los tiempos antiguos, y quieren acomodar á los tiempos presentes ideas é instituciones que es un problema todavia saber, si en la época que estuvieron en boga produjeron tantos bienes como hoy sus apologistas enumeran. M.

Bonald, en su teoría del poder civil y religioso, y el conde Josef de Maistre, en todas sus obras, son los principales campeones de un sistema, cuya simple lectura nos revela lo distantes que estamos de los tiempos y de las ideas que defienden con mas talento que fortuna. No en balde pasan los hombres y los sucesos. El tiempo nos arrastra con su rapidísimo vuelo, y querer vencerlo y navegar con viento contrario, es una insigne locura que no produce mas que un trabajo estéril, y la compasion hácia el autor que se lanza solo y sin auxilio en tan procelosos mares.

Segun M. Carrel, « las cosas, en sus continuas transformaciones, no arrastran tras sí á todos los hombres de talento, ni avasallan á los hombres de carácter con facilidad, ni amparan todos los intereses con el mismo cuidado; por esto se elevan de vez en cuando enérgicas protestas á favor de los tiempos pasados. Pero cuando una época ha pasado, todo el poder humano no es capaz de hacerla volver, porque la Providencia, en sus sabios y ocultos arcanos, ha tenido cuidado de romper el molde: los restos han quedado esparcidos por la tierra, y hay algunos que, por lo hermoso, deben contemplarse.

Una mujer, sin par hasta ahora en el mundo, enriqueció el catálogo de las obras históricas con sus *Consideraciones sobre la Revolucion de Francia*. La gloria, la libertad resaltan en este admirable compendio, y tambien el noble, el bello carácter de su autor, aquella fiera independencia que le valió á madama Stael el destierro, y una muerte anticipada.

Pero entre todos los escritores de este siglo, sobresale por sus gigantes proporciones Mr. de Châteaubriand, y no hay uno solo que pueda disputarle la palma del saber; ni del bien decir. Su admirable facili-

dad, sus inmensos estudios y su buen gusto, debían llevarlo naturalmente á escribir la historia, y no es solo en los escritos históricos donde el autor se ostenta grande historiador, sino en todas sus obras; léanse su *Itinerario*, sus *Mártires*, la grande obra del *Genio del Cristianismo*, hasta sus novelas de *Atala*, *René* y el *Abencerraje*, y en todás ellas se verá con admiracion la flexibilidad de su talento, que se presta á todos los géneros, formando uno particular, y casi hasta su tiempo desconocido, donde campean las citas y recuerdos históricos, al lado de los hechos de sus héroes fingidos, hijos de aquella lozana imaginacion, que todo lo hermosea dándole un aspecto risueño y encantador.

En cuanto á la historia, Châteaubriand se acerca á la escuela alemana; pero corregida de sus vicios, y sobre todo de su oscura metafísica, de tal suerte que aparece inteligible é interesante á punto de deleitar instruyendo.

Segun Mr. de Châteaubriand, el órden social descansa sobre tres verdades ó principios que le sirven de fundamento; la verdad religiosa, la verdad filosófica ó sea la independenciam de la razon, la verdad política, ó sea la libertad. El autor dice que el mundo moderno ha nacido al pié del Calvario, pero que las naciones se componen de tres pueblos, el pagano, el cristiano y el bárbaro. De aquí la necesidad de remontarse hasta Augusto para conocer bien los pueblos modernos, época en que empiezan el Cristianismo, el Imperio romano y las primeras señales de vida que dieron los pueblos del Norte. Sigue el historiador desempeñando su tarea, aunque la falta de tiempo le impidió acabar su obra y darle toda la extension que debiera: toda ella tiene en nuestro concepto mucho mérito; pero muy singularmente en todo aquellò que tiene re-

lacion con el principio ó verdad religiosa. El Cristianismo está considerado, tanto en sus tiempos pasados como en el presente, conforme á los altos destinos que ha cumplido ahora, y los que debe cumplir en adelante. La Religion, segun Mr. de Châteaubriand, no debe ser, como pretende Mr. de Maistre un arma con la cual puedan los pueblos ser reducidos á una servidumbre comun, y dominados por una teocracia despótica; ni tampoco, como opina Mr. de Lamennais, un medio de crear una porcion de repúblicas, sin otro círculo que el de la tierra, ejerciendo sobre ellas una rigurosa dictadura. El Cristianismo fué una arma política en la edad media, porque así lo exigió la mas imperiosa necesidad: cuando las naciones hubieron perdido sus derechos, la Religion, único poder moral existente y á la sazón poderoso, los tuvo en guarda como su depositaria; mas hoy que los pueblos gozan y usan de estos derechos, la Religion renuncia á ellos, porque su pupilo ha llegado ya á la mayor edad. La edad política del Cristianismo acabó; pero su edad filosófica ha llegado: la Religion, ahora como en los primitivos tiempos de la Iglesia, acude con la dulzura de sus máximas y la persuasion evangélica á consolar al desgraciado en su hogar, y á combatir en la cátedra la moral pervertida, y los principios errados de la falsa filosofia.

Por último, Mr. de Châteaubriand escribe la historia, como el pintor hace sus cuadros; con el corazon, con la vehemencia de la pasion; porque el historiador es preciso que sienta, que no sea testigo mudo de los sucesos; y el autor de que nos ocupamos ama la gloria, ama la libertad, y jamás se olvida de su patria: esto, unido á las demás prendas que le adornan, le hace acreedor á ocupar uno de los mas distinguidos lugares entre los escritores franceses.

Mr. de Barante, en su *Historia de los Duques de Borgoña*, ha creado la escuela descriptiva, obra de sumo interés y que pasará á la posteridad con el mismo renombre que tiene entre sus contemporáneos.

Mr. Thierry, en sus *Cartas sobre la historia de Francia é Historia de la Conquista de Inglaterra*, ha dado á la literatura una muestra de su mucho saber, y de sus profundas investigaciones: su historia es, al par que docta, filosófica.

Mr. Guizot en su *Historia de la revolucion de Inglaterra*, pero mas en su *Curso de la civilizacion francesa*, ha perfeccionado, ó mas bien creado, el verdadero género filosófico, despojado de la oscuridad alemana: sin perder por eso las altas miras y la sublime inteligencia de los literatos de la otra parte del Rhin, Mr. Guizot ha comprendido perfectamente el principio ó la verdad dominante en cada una de las épocas que describe, y lejos de querer ajustar los hechos á un principio de antemano promulgado, deduce de la mas exacta observacion de los hechos, las verdades ó principios de las sociedades, ni mas ni menos que Mr. Comte, para explicar sus leyes y fenómenos morales. Mr. Guizot es un Linneo: lo que este hizo en el mundo visible y material, el primero lo ha hecho en el mundo moral, y lástima es que este sabio profesor, este grande hombre de las ciencias, no haya concluido su obra, que haria sin duda época entre todas las de sus contemporáneos.

Entre las muchas obras de Mr. Sismondi, la mejor de todas es la *Historia de las Repúblicas italianas*: severo á veces, y algunas veces injusto, su saber es profundo pero incurre en el defecto de juzgar los tiempos antiguos por los tiempos modernos, achaque de que á duras penas pueden librarse los escritores.

Solo nos resta que consagrar dos pala-

bras á la moderna escuela *fatalista*. Llevan en ella las banderas dos personas eminentes, así en la historia como en la política, las cuales han escrito dos obras históricas sobre el mismo asunto, que les han servido para llegar á una grande altura en el mundo literario y en el mundo político. Los dos personajes son Mr. Thiers y Mr. Mignet y sus obras, las respectivas historias de la revolucion francesa. Grandes dotes tienen estos dos historiadores; el uno ha escrito la *Historia de la revolucion* muy por estenso, descendiendo á veces á pequeños pormenores; el otro ha hecho un compendio: estilo, método, descripciones animadas, retratos admirables, todo se encuentra en ambas; y en la de Mr. Thiers un episodio, que él solo ha valido al autor la nota de uno de los mejores ingenios de la época: hablamos de las guerras de Italia, pero estas dos obras han hecho en estos últimos tiempos un daño inmenso, dando el inmoral y funesto ejemplo de ensalzar el crimen y de creerlo necesario, no como justo castigo de la Providencia divina; sino como eslabon preciso de la cadena de los acontecimientos. Tan funesta doctrina ha destruido el fundamento de los códigos penales de la Europa culta, y uno de los mas sabidos principios de la moral de todas las naciones: « Odió el delito y compadece al delincuente. » Los escritores de que nos ocupamos, por una aberracion del entendimiento fatal para el orden social, han dicho: « Odió al delincuente, pero celebra y aun ensalza su crimen»: máxima atroz, que han exagerado todavía mas sus discípulos, erigiendo una secta de terroristas teóricos, que miran con envidia á los terroristas prácticos del año de 95. Error crasísimo: como si el terror sirviera mas que para cometer horriblos crímenes, y no llevara envuelto en sí, al mismo tiempo que el anatema de toda

una generacion, el germen de la muerte del poder que lo emplea como medio de gobierno.

Tiempo es ya de concluir nuestro artículo; mas como no hemos concluido la tarea que nos hemos propuesto, dejaremos para otro lugar el hablar de las dotes que debe reunir el escritor que se dedica hoy á la historia, la cual con tantos sistemas, tantos y tan variados acontecimientos como han ocurrido en los últimos siglos y tan grandes ensanches como han tomado los conocimientos y la civilizacion, es mas difícil de escribir cada día. Con el compás de la crítica mas imparcial examinaremos la excelente historia de los Reyes Católicos que ha escrito el americano Prescott, y presentaremos á la consideracion de nuestros lectores algunas muestras de la traduccion que de la lengua inglesa á la española hemos emprendido y pensamos publicar en breve.

POESIA.

MUERTE Y EXEQUIAS DE BRANDIMARTE.

DESESPERACION DE FLORDELIS.

FRAGMENTO DEL CANTO XLIII

del

Orlando Furioso (1),

POEMA DE

Ludovico Ariosto

TRADUCIDO POR

D. A. de B.

La noche precursora de aquel día
Soñó la dama que la cota bella
Que, por mandarla á Brandimarte, habia
Enriquecido con adornos ella,
Salpicada de gotas contemplaba

(1) De la traduccion de este bellissimo poema van publicados dos tomos y está en prensa el tercero y último.

Gruesas cual las de nube de verano.
En su extraña vision se figuraba
Que ella así la manchó con propia mano,
Y exclamaba: — « Porqué, pues él me dijo
« Que toda negra yo se la bordara,
« Mal de su grado, otro color elijo? »
Fatal revelacion, que en confirmarse
Algunas horas solamente tarda.
De Sansoneto la venida Astolfo
Para anunciarla á Flordelis aguarda.

Esta, no bien los ve llegar, advierte
Que algo del triunfo el entusiasmo altera,
Y antes que una palabra se profiera,
Sabe cual de su amado fue la suerte.
A tan terrible anuncio, palpitante
De desesperacion y de congoja
Sobre la tierra, exánime, se arroja:
Y al retornar en sí, del tierno amante
El caro nombre repitiendo en vano,
Con despiadada mano
Hace á su faz y á su cabello injuria,
Y grita como Ménade ó cual furia
Que en torno suyo, inquieta,

Se agita al son de la infernal trompeta.

En su furor, ora buscando corre
Un puñal que de penas la liberte,
Ora á la playa acorre
A dó, con los despojos de la muerte,
Los dos féretros regios han llegado,
Y en ellos, pues en vida no lo alcanza,
Saciarse quiere su enojo y su venganza.
Ora embarcarse piensa, y de su amado
Partir en pos y perecer al lado.

— « ¡ Ah! ¿ cómo pude á tal empresa, » exclama,

« Tus pasos no seguir, oh Brandimarte,
« Cuando sabes que siempre de tu dama
« Fue la mayor ventura acompañarte?
« Fija mi vista en tí, tal vez su llama
« A redoblar tu esfuerzo fuera parte,
« Y al verte amenazado por Gradaso
« Yo con un grito te amparara acaso.

« O bien, audaz lanzándome y ligera
« Entre los dos, el golpe yo parara;
« De escudo mi cabeza te sirviera.
« Y la vida tal vez te conservara.
« Que yo de un modo ú otro modo muera,
« Es mal que fácilmente se repara,
« Y á lo menos, muriendo en tu defensa,
« Hallara yo en el mal mi recompensa.

« Si á mi deseo inexorable el hado
« Y á tu existencia se mostrara adverso,
« Mis lágrimas, mis besos, animado
« Hubieran de tu faz el marfil terso,
« Y antes que tu alma el vuelo hubiera alzado
« Hacia aquel que gobierna el universo,
« Yo dijera vé en paz y allí me aguarda,
« Que á Flordelis la muerte no acobarda.

« ¿ Es este el trono, di, que tantas veces

« Conmigo dividir me prometias?

« ¿ Esta es toda la dicha que me ofreces?

« ¡ Y hacerme reina en Damogir debias!

« ¡ Oh fortuna cruel, cuál desvaneces

« Las ilusorias esperanzas mias!

« Y pues nada amo ya, pues nada espero,

« Pues todo lo perdi, ¿ porqué no muero? »

Diciendo así, de nuevo el juicio pierde,

